

Sin más consuelo, en soliloquio eterno  
 El solitario se habla y se responde ;  
 Huye del mundo, y en la selva esconde  
 De la enemiga humanidad su hiel.  
 Y les habla á los árboles, y goza  
 En hacer que repliquen á su acento  
 Los ecos, que, en fantástico concento,  
 Cambian sus notas rústicas con él.

Á veces suele armarse, y cabalgando  
 El noble potro á su querer sumiso,  
 Por la selva se interna de improviso  
 Abandonando su mezquino hogar ;  
 Y veredas incógnitas trillando,  
 Visita precipicios y torrentes,  
 Cuyos arroyos túrbidos é hirvientes  
 Se deleita en vencer y atravesar.

Alta es su frente, su ademán resuelto,  
 Ancha su espalda, leve su cintura ;  
 Descúbrese en su elástica figura  
 La agilidad robusta del león ;  
 Velan su rostro, en rizos de azabache,  
 La escasa barba y luenga cabellera ;  
 Lanzan sus negros ojos la certera  
 Y atrevida mirada del halcón.

Hicieron ya las armas su embeleso ;  
 Mas de su vida el misterioso hilo,  
 Por qué le niegue la ciudad asilo,  
 Nadie saber pretende ni inquirir.

Sér generoso, el bárbaro le admira  
 Y cuida con benévolo respeto,  
 Que de su vida el mísero secreto  
 No llegue el vencedor á traslucir.

Precaución vana ! La hora se aproxima  
 De prueba para él : no hay paz ni calma  
 Cuando la espina del amor del alma  
 No abandona á su víctima jamás.  
 Él ha servido á su opresor, y al malo  
 Ningún favor ni beneficio liga :  
 Con más tesón que el mal, el bien castiga  
 La ingratitud, porque le pesa más.

## CUADRO OCTAVO

## LA CARTA

ERA la tarde. Pálido teñía  
 La selva el sol con su postrera lumbre,  
 Y con sentida y blanda pesadumbre  
 Gorjeaba el ruiseñor su último adiós.  
 La leve brisa apenas susurraba ;  
 Murmuraba tranquilo el arroyuelo ;  
 Y el puro azul del infinito cielo  
 Presentaba un dosel digno de Dios.

Ya la tórtola amante y soñolienta  
 El postrimer arrullo despedía,  
 Y al arrullo, arrullando respondía  
 El compañero oyéndola quejar.

Cantó ya el toche el himno de la tarde ;  
Blanda bajó la mirla al grato nido ;  
Y despidióse el cóndor afligido  
Del sol que se hunde en el lejano mar.

Escuchad ! Una planta misteriosa  
Resuena de la selva en la espesura !  
¿ Quién huella osado la montaña oscura  
Al despedirse el último arrebol ?  
Cuando, en el horizonte adormecido,  
Luenga dibuja la espirante sombra,  
Sobre la verde y esmaltada alfombra  
Lánguido y tibio el desteñido sol,

¿ Quién turba el melancólico reposo  
De la desgracia ?—De sorpresa herido,  
Deja escapar un tétrico bufido  
Sonoro y ronco el ágil alazán ;  
Luégo, trotando en torno, las orejas  
Perfila hacia adelante, y enarbola  
Tendida en pluma la poblada cola  
Al partir con atónito ademán.

Se inclina en tanto el solitario absorto  
Á la lumbre del rayo vespertino,  
Sobre un apolillado pergamino,  
En el umbral de su mezquino hogar.  
Vuelve al rumor insólito, ve un hombre  
Y oye decir :—Gonzalo ! . . . te lo ruego,  
Huye !—Y porqué he de huir ?—Toma ! Este  
Te va el secreto horrible á revelar. [pliego

—Paz !—replica el ermita ; el pliego toma,  
Y á la llama oscilante y mortecina  
De solitaria lámpara, se inclina,  
Ve el sello, y se estremece de terror.  
¡ Qué recuento fatal le sobrecoge !  
Y cuántos ¡ ay ! se agolpan repentinos,  
Vivos, abrasadores y continos,  
Cual lavas de volcán abrasador !

Su mano tiembla. El hombre generoso  
Que á buscar vino la infeliz morada,  
En él fija la atónita mirada  
Y parecele sueño lo que ve. •  
—Es éste—exclama—es éste, por ventura,  
Aquel Gonzalo de invencible lanza,  
De nuestras armas lustre y esperanza  
En los combates cuya gloria fué ?

Mírame : soy el que salvaste en Pasto  
Cuando por Rumipamba sus campeones,  
Escoltados de innúmeras legiones,  
Nos agobiaron en sangrienta lid.  
Yo soy aquel Hernán, Hernán, tu amigo.  
Yo sé, Gonzalo, tu infeliz historia,  
Y tengo corazón, tengo memoria,  
Y eso y la vida te lo debo á tí.

No te acuerdas de mí ? Dí, no recuerdas  
Que solo al enemigo te lanzaste,  
Y que mi cuerpo al bárbaro arrancaste,  
Dándome á mí la vida, el triunfo al Rey ?

Mírame aquí! Mi deuda pagar quiero,  
Vengo á seguir ó á mejorar tu suerte.  
Vida por vida doy, muerte por muerte :  
Gratitud y venganza, ésta es mi ley.—

—Sí—repone Gonzalo ;—ya recuerdo  
El día triste, la batalla fiera,  
Pero el que cumple su deber, no espera  
Ni se le debe gratitud. Porqué?  
Era yo el jefe y responsable solo :  
Tú perdiste el caballo. . . . Oh! no te asom-  
Que por primera vez sepa tu nombre, [bre  
Antes por él jamás te pregunté.—

—Pues soy Hernán : te debo la existencia.  
Hora ¿ puedes dudar que soy tu amigo?  
Ea! ya me conoces. Vén conmigo,  
Voy á ser tu guardián y tu sostén.  
Allá está tu opresor, acá tu hermano ;  
Vén al campo de Alvár!

—Fuera delito!

—No lo es que busque el infeliz proscrito  
Vida y venganza. . . . Vén!

—No puedo.—Oh! vén!

—Hernán! Hernán! y juzgas por ventura  
Que cuando es perseguida la inocencia,  
La venganza, la infamia y la violencia  
Se pueden oponer á la opresión!  
Soy Español! Mi honor, mi Rey, mi Patria  
Antes que todo. De escuchar me indigno  
Tu idioma, Hernán. Á todo me resigno  
Antes que descender á la traición.

Déjame! Adiós!—

Hernán avergonzado

Deja la choza, y el ermita exclama :  
—Oh España! España! ¿Dónde están tu  
Y de honor y lealtad tu gran caudal? [fama,  
¿Dónde están, cuando un hijo de tu suelo  
Osa invitarme al crimen, porque piensa  
Que para mi venganza y mi defensa  
Aun la traición es justa y natural?—

Y los ojos en lágrimas bañados  
Puso en la carta, y trémulo la vía ;  
Pero el sello á romper no se atrevía,  
Cual si á la realidad tuviese horror.  
Rómpele al fin, y lee, y ardiendo en ira  
Repítese cien veces la lectura,  
Y apura ciento el cáliz de amargura,  
Que es un placer jugar con el dolor.

Hay un lujo en sufrir : es grato hartarse  
De la angustia que punza y atormenta,  
Y á cada nueva faz que nos presenta  
Meditar más para mejor sentir :  
El corazón convulso, en su despecho,  
Renovando sus penas se embelesa,  
Como la tigre, que al soltar la presa,  
Sólo la suelta por volverla á herir.

“ Á GONZALO.

“Huye! . . . Mi mano trémula, la pluma  
No acierta á gobernar, y estremecida  
Tiembla sobre el papel, cual ave herida

Bajo la flecha aguda que la abruma.  
Nunca quise escribirte : hoy te escribiera  
Si el universo entero se opusiera.

“ Figúrate cuál es mi pesadumbre !  
Traidor una sentencia te proclama,  
Traidor todo el ejército te llama ;  
Y antes que el sol el horizonte alumbre,  
Al sepulcro que te abre tu enemigo  
Bajará el nombre de traidor contigo.

“ Ay ! Aquel bando infame y temerario  
Hace sañar mi corazón de enojo,  
Y al lado de la víctima me arrojo,  
Sin pensar en quién es el victimario . . .  
Y nada temo ya . . . de cualquier modo  
Vive ! . . . con esta voz lo digo todo.

“ Mientras pensé que muerto te creía  
Nuestro opresor cruel, yo respiraba  
Y, sin amarte, á solas envidiaba  
La montaña feliz que te escondía . . .  
Ojalá desde entonces hubieras muerto,  
Y hoy no te viera de baldón cubierto !

“ No sé qué me sucede . . . Me parece  
Esta carta un delito, aunque no quiero  
Sino salvarte, y nada más espero . . .  
Tal vez estaré loca. Se estremece  
Todo mi cuerpo. Yo no sé qué siento.  
Amor . . . no puede ser, pero es tormento.

“ Tu existencia es el mar donde termina  
De todos mis recuerdos la corriente :  
Yo soy el triste sauce, tú la fuente  
Que me refleja en su onda cristalina ;  
Y yo te busco como busca el cauce,  
Ay ! de su arroyo el solitario sauce.

“ Gonzalo ! al contemplarte deshonrado  
Yo me olvido de todo y de mí misma ;  
En tí mi sér, á mi pesar, se abisma,  
Y en tu desdicha inmensa concentrado,  
Á tí solo te busca, sí, á tí solo :  
Yo soy como el imán ; tú eres mi polo.

“ Ah ! quizá las mujeres españolas  
Que el bautismo reciben en la cuna,  
Tendrán más fortaleza y más fortuna ;  
Pero nosotras, bábaras y solas,  
Sin auxilio en la infancia, no logramos  
Olvidar nunca al que una vez amámos.

“ Te veo herido en sueños, y me inclino  
Á restañar la sangre de mi dueño,  
Y al compás de tu voz late en el sueño  
En convulsión mi seno femenino,  
Y me duermo por verte, sin pecado,  
Porque dormida sueño en lo pasado.

“ Salvador de mi Carlos, nunca olvido  
Que arrancaste á mi hijo de la hoguera.  
Qué fuera yo sin tí ? Dónde estuviera

Sin ti, su redentor, mi hijo querido?  
Oh! ¿cómo ha de ser crimen escribirte,  
Ni por el bien que hiciste bendecirte?

“Que me calumnie el mundo: no me im-  
Que dude tu opresor de mi inocencia: [porta.  
Hay una voz secreta en mi conciencia  
Que á agradecer y redimir me exhorta.  
Un poder invisible en tu camino  
Me arroja, y obedezco á mi destino.

“Antes me estremecía el pensamiento  
De escribirte, Gonzalo; y hoy en suma  
No tengo más consuelo que mi pluma;  
Y aunque mil veces arrojarla intento,  
Es imposible. Mi existencia entera,  
Ay! derramar sobre el papel quisiera!

“Mas no pienses por eso que te quiero;  
Si agradecida soy, no soy liviana;  
Conozco lo que exige el ser cristiana,  
Y ante mi dulce Redentor espero  
Dejar el alma, de su mano hechura,  
Sensible sí, pero inocente y pura.

“Hernán lleva esta carta, y yo me quedo  
Lejos de ti, temblando por tu suerte.  
Me cambiara por él, que puede verte!  
Ay! pero apenas envidiarle puedo.  
Sálvate, aunque Fernando me convenza  
De haberte escrito. . . . Oh! sálvate!

PUBENZA.”

## CUADRO NONO

## EL CABALLO

MIENTRAS Gonzalo la aflictiva carta  
Con voz cortada y trémula leía,  
Hernán abandonarle parecía  
En el delirio de su acerbo afán.  
Lee, y dejando atónito su albergue,  
*Hernán! Hernán!* gritando, el monte atruena,  
Mas sólo el eco, que le burla, suena  
De lejos repitiendo: *Hernán! Hernán!*

*Pubenza!* iba á decir; mas la palabra  
Muere en su labio, cual la pura gota  
Que, entre la escarcha, del peñasco brota  
Y se hiela al salir del manantial.  
Se arma maquinamente, y dando fuego  
Á su cabaña mísera y pajiza,  
Goza en ver reducidas á ceniza  
Trovas, historia y gloria terrenal.

Entonces por su mente trastornada  
Cruza un desesperado pensamiento,  
Y concibe frenético el intento  
De morir y dar fin á su dolor.  
*¡Yo traidor!* dice; el eco le remeda;  
*Traidor!* el desdichado repetía;  
*Traidor!* el monte á repetir volvía  
Entre sus rocas ásperas,—*Traidor!*